

y alcanzaba su grito resonante  
tanto como el estruendo clamoroso  
de cincuenta guerreros, en terrible  
voz gritaba la Diosa á los Aquivos:

«¡Oh gente sin honor, sólo admirable  
»por la beldad! ¡Argivos! ¡Qué vergüenza!  
»Mientras el fuerte Aquiles asistía  
»á las batallas, los Troyanos nunca  
»osaban alejarse de las puertas,  
»porque temían su terrible lanza;  
»y ya este día á combatir se atreven  
»léjos de su ciudad, junto á las naves.»

Con estas voces inflamaba Juno  
el ánimo y valor de los Aqueos,  
y entre tanto Minerva á Diomedes  
buscaba. Le encontró junto á su carro  
refrescando la herida dolorosa  
que Pándaro le hiciera; porque mucho  
sus fuerzas el sudor debilitaba  
que del enorme escudo, bajo el ancho  
tahalí, le corría por el pecho,  
y del dolor el brazo enflaquecido  
tenía. La correa levantando,  
limpiaba el héroe la purpúrea sangre,  
cuando puesta la mano sobre el yugo  
de los caballos, la Deidad le dijo:

«Bien poco el hombre que engendró Tideo  
»se parece á su padre. En estatura  
»pequeño era Tideo, pero fuerte  
»y belicoso. Cuando vino á Tébas  
»de embajador, y solo, y separado  
»de los otros Aquivos, entre muchos  
»Tebanos se encontró, no le dejaba  
»yo pelear ni acometer valiente,  
»y le mandé que ocioso en el convite  
»estuviera. Mas él, no ya olvidado  
»del ánimo y valor que siempre tuvo,  
»á los valientes hijos provocaba  
»de los Cadmeos y en las lides todas  
»triunfaba fácilmente; que asistía  
»siempre á su lado yo. También al tuyo  
»asisto ahora, y te defiende y guardo,  
»y te animo á que quieras valeroso  
»con los Teucros lidiar; mas este día,  
»ó la mucha fatiga del combate  
»tus fuerzas enflaquece, ó te acobarda  
»el temor que á los hombres desanima...»

Y así Diomedes respondió á Minerva:  
«Bien te conozco, Diosa, hija de Jove.  
»La verdad te diré, sin ocultarte

»nada. Ni miedo me detiene ahora,  
»ni la marcial fatiga me enflaquece;  
»pero tengo en memoria los mandatos  
»que ántes me diste, cuando tú decías  
»que no quisiera con los otros Dioses  
»eternos pelear; mas que si Vénus  
»á la liza bajaba, no dudase  
»osado herirla con agudo hierro.  
»Yo ahora me retiro, y á los Dánaos  
»aquí he mandado que se junten todos;  
»porque conozco á Marte, que de Troya  
»rige y capitanea las escuadras.»

Respondió Pálas de Tideo al hijo:  
«¡Caro á mi corazón, oh Diomedes!  
»tú á Mavorte no temas, ni á ninguna  
»de las otras Deidades; que á tu lado  
»por auxiliar me tienes. Tus bridones  
»contra Marte dirige, y el primero  
»hiérole con tu lanza, y no respetes  
»á ese Dios furibundo y dementado,  
»para dañar nacido, veleidoso.  
»¡Pérfido! á mí y á Juno en algún día  
»nos dijo y prometió que de los Griegos  
»sería el defensor y á los Troyanos  
»haría cruda guerra; y está ahora  
»entre ellos, y ha olvidado su palabra.»

Así dijo, y á Esténelo del carro  
hizo bajar, asiéndole ella misma  
de la mano, y en tierra prontamente  
él se arrojó. De cólera inflamada  
subió la Diosa, y ocupó la silla  
de Diomedes al lado. Sintió el eje,  
aunque de haya durísima labrado,  
el peso y recrujió, porque llevaba  
una Diosa terrible y un robusto  
corpulento adalid. Cogió Minerva  
el azote y las riendas en su mano,  
y hácia Marte el primero los fogosos  
caballos dirigió, cuando acababa  
él de quitar la vida á Perifante  
(de agigantada altura, y el más fuerte  
de los Etolos), que del claro Oquesio  
fuera nacido. El sanguinario Marte  
á este adalid mató; pero Minerva,  
porque el Dios de la guerra no la viese  
se cubrió de Pluton con la celada.

Cuando el Dios enemigo de los hombres  
vió venir hácia él á Diomedes,  
de Perifante abandonó el cadáver  
en el mismo lugar en que la vida  
le quitara, y al hijo de Tideo

fué derecho á buscar. Cuando ya cerca uno de otro llegaron en su marcha, Marte el primero su lanzon enorme dirigió por encima la cabeza de los bridones, deseando mucho al Aquivo matar; mas con su mano cuidosa Pálas del astil asiendo, del carro le alejó, para que inútil el golpe fuera de la pica. El bravo Diomédes el segundo con la suya al Dios acometió; pero Minerva, el astil empuñando poderoso, y al ijar dirigiéndole, hácia donde con ancho correon ceñido estaba el fiero Marte, y empujando firme, le clavó allí la pica, y el hermoso cútis le desgarró. Sacó la Diosa el asta de la herida, y furibundo Marte bramó, cual si clamor alzasen horrisono á la vez nueve mil hombres ó diez mil, que empezaran la pelea, y atónitos, Aqueos y Troyanos cayeron en temor: tanto bramaba, viéndose herido, de la guerra el Númen.

Cual la nube aparece tenebrosa que en la ardiente canícula levanta el viento abrasador impetuoso; tal parecia de Tideo al hijo el férreo Marte, que de niebla oscura iba cercado al anchuroso cielo.

Llegó pronto á las cumbres del Olimpo, á la eterna mansion de las Deidades, y la sangre inmortal que de la herida derramaba, mostrando al padre Jove y á su lado sentándose afligido, así decia en doloroso acento:  
 «¿Y no te indignarás, oh padre Jove, viendo tan horrorosos atentados?  
 »Siempre los Dioses tolerado habemos  
 »atroces males que en discordia eterna  
 »unos con otros nos hacemos duros  
 »sólo por agradar á los mortales;  
 »pero tú eres la causa de esta lucha,  
 »por haber engendrado una furiosa  
 »y petulante jóven, ocupada  
 »siempre en hacer abominables hechos.  
 »Los otros Dioses que el Olimpo habitan,  
 »dóciles á tu voz todos se rinden,  
 »y están sujetos á tu mando todos;  
 »sólo á Minerva ni tu voz contiene

»ni tu poder; y porque padre fuiste  
 »y madre de esa furia al mismo tiempo,  
 »sueñas la rienda á su furor insano.  
 »Y ella fué la que ahora al orgulloso  
 »Diomédes animó, para que ardido  
 »lidiara con los Dioses inmortales.  
 »A Vénus la primera hirió en la mano;  
 »y á mí despues, como si Dios él fuese,  
 »acometió furioso, y mis ligeros  
 »piés me salvaron; que sufrido hubiera  
 »largo tiempo agudísimos dolores,  
 »y en medio de montones sepultado  
 »yaciera de cadáveres, ó vivo  
 »si quedaba tal vez, del duro hierro  
 »á los golpes, la fuerza perderia.»

Con torva faz mirándole, el Saturnio Júpiter respondió: «No así, asentado  
 »cerca de mí, con lastimeras voces  
 »tu desgracia lamentos. ¡Inconstante!  
 »Odioso me eres tú más que ninguna  
 »de las Deidades que el Olimpo habitan;  
 »porque sólo te gozas en las guerras,  
 »y lides, y rencillas. De tu madre  
 »Juno la altivez tienes, que insufrible  
 »ella es y pertinaz, y apenas puedo  
 »con mi voz sujetarla. Ella ha mandado  
 »á Pálas y Diomédes que te hieran.  
 »Mas pues de mí naciste y eres fruto  
 »del amor conyugal, no por más tiempo  
 »permitiré que dolorosa herida  
 »sufriendo estés. Si tú nacido hubieses  
 »de cualquier otro Dios, y tan malvado  
 »fueras, hace ya tiempo que estarias  
 »en caverna más honda que los hijos  
 »de Urano.» Así decia el padre Jove;  
 y llamando á Peon, que le curase mandó. Peon en la profunda herida bálsamos derramó que los dolores mitigaran, y Marte fué curado; que á morir no nació. Como á la blanca y ántes líquida leche amargo jugo prontamente coagula, si agitado sin cesar fuere; con igual presteza la herida se cerró, y la hermosa cútis Hebe lavó. Tomó su vestidura brillante el Dios, y se asentó glorioso cerca del padre Jove; y al palacio volvieron eternal Pálas y Juno, luego que Marte en el estrago horrible hicieron que cesara de los hombres.

## LIBRO SEXTO

### ARGUMENTO

*Los dioses se separan del combate, y siguen los mortales su debate. Hector á Troya va, porque su hermano un consejo le da prudente y sano; y despues se despide de su esposa, mostrando su ternura cariñosa.*

**S** OLOS quedando ya Teucros y Aquivos, por una y otra parte en la llanura que entre el Símois y el Jantose dilata, el combate seguia, y los guerreros con poderoso brazo el uno al otro los herrados astiles se arrojaban.

Ajax de Telamon, de los Aquivos antemural, rompió de los Troyanos la falange el primero, y á los suyos hizo que amaneciese la esperanza,

á un adalid matando que de todos los Tracios era el campeón más fuerte: Acamante de Eusoro, alto de talla y sin igual valiente. En la cimera que de crin de caballo guarnecía alto penacho, con aguda lanza le hirió, y la frente la acerada punta atravesando, por el duro hueso penetró en lo interior de la cabeza, y oscura sombra le cubrió los ojos.

Y despues el valiente Diomédes mató tambien á Asilo de Teutrano, que en Arisbe vivia la opulenta y en ricas posesiones abundaba, de todos bien querido, porque á todos

benéfico hospedaba en el palacio que á la orilla tenía del camino. Pero ninguno de los muchos héroes que él hospedara, de la triste muerte entónces le libró ni á su defensa acudió generoso, y Diomédes le privó de la vida. Al escudero que el carro y los caballos dirigia mató tambien (Calesio era su nombre), y á la oscura region los dos bajaron.

Despojó de la vida y de las armas Eurialo á dos fuertes campeones, Dresio y Ofeltio; y en veloz carrera en busca fué de Esepo y de Pedaso, de la Náyade hermosa Abarbarea y de Bucolion ambos nacidos. Bucolion del claro Laomedonte era el hijo mayor, pero bastardo; y miéntras el ganado apacentaba se enamoró de la gallarda ninfa, y dos gemelos de su amor el fruto fueran, y entónces vida y armadura el hijo les quitó de Mecisteo.

El alto y corpulento Polipétes á Astialo mató; el sagaz Ulises